F. O. Y. F.

Historia maravillosa de la diosa de los mares

Madrid

[1893?]

Reel: 44 Title: 15

(TRES PLIEGOS)



HISTORIA MARAVILLOSA

DE LA

DIOSA DE LOS MARES

Ó AVENTURAS DEL CAPITAN GUSTAVO

POR F. O. Y F.

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.


ES PROPIEDAD

LA DIOSA DE LOS MARES

ó

AVENTURAS DEL CAPITAN GUSTAVO.

PRÓLOGO.

Ningun país del mundo conocido ofrece, como el Africa, tradiciones más interesantes, ni que mas contribuyan á la instruccion y recreo.

Sus áridos desiertos, sus dilatados mares y la extension de sus impenetrables bosques, habitados algunos por razas de cafres y otentotes, unido á lo mas sorprendente de la naturaleza, en verdaderas maravillas casi fabulosas, nos proporcionan á cada paso la descripcion de acontecimientos grandiosos que se deben siempre al resultado de investigaciones de un viajero atrevido que, como el muy célebre Jhon Namittnos, ha legado en sus memorias.

La relacion de los hechos que constituyen nuestra historia es de las más interesantes, y por esta circunstancia la hemos preferido en esta ocasion.

Sentado este precedente, empezaremos nuestra árdua tarea dándole entrada con el capítulo siguiente:

I.

El pirata.

En la costa meridional del mar de las Indias á donde desemboca el rio Orange, están las tribus de los Briguás, negros salvajes cuya total civilizacion aun no ha podido conseguirse.

Hácia la parte del Oeste y bajo la influencia de un sol abrasador, se ven diseminadas las chozas ó cabañas donde se albergan durante ciertas horas del dia en que se ocultan á la investigacion de los extranjeros, que de vez en cuando suelen arribar á sus desiertas playas.

Un extridente y lejano ruido semejante al de nuestras máquinas de vapor en las vías férreas, puso en completa dispersion á las hordas de aquella comarca, que á la sazon se ocupaban en la pesca.

Huian despavoridos como si un poder sobrenatural los empujase hácia sus guaridas, y pocos momentos despues hubiérase creido que ningun sér viviente existia en tan vasto recinto.

Ya habia mediado su diurnal carrera el soberano del mundo cuando dejóse ver en lontananza y sobre el azulado espejo de los mares una colosal embarcacion, que surcando sus aguas con la velocidad del rayo, venia desde las costas de Cimbebasia en el Atlántico.

Negras y gigantescas nubes iban extendiéndose de Sur á Este oscureciendo el espacio, y el empuje de las embravecidas olas azotaba las puntiagudas rocas con un estrépito horroroso.

Pronto se halló el cielo velado por la furiosa tempestad, y ni el más osado náutico hubiérase atrevido á resistir el desatado elemento.

Sin embargo, en medio del contínuo retumbar de los truenos y de una lluvia de chispas eléctricas que parecian destruir el universo, un enorme bajel de tres puentes, hinchadas sus velas y con una rapidez asombrosa veíase cruzar aquel lago de fuego.

Los repetidos toques de bocina y el atronador griterío de la tripulacion daban á conocer las precipitadas maniobras que se ordenaban para combatir la tempestad.

El sol ya terminaba su carrera, y á través de las densas nubes desapareció por completo.

Una hora habia trascurrido y aunque la tempestad se hallaba lejos de las costas, iluminaban aun sus relámpagos todos aquellos contornos.

Observemos la colosal embarcacion que al aproximarse á una milla de la playa echó sus pesadas anclas, y veamos qué clase de gente la tripulaba y el objeto de su navegacion en tan procelosos mares.

Nadie estaba sobre cubierta en aquellos momentos, ni se ostentaba en su proa ninguna señal que á conocer diera su rumbo, ni en la cima de su velámen la bandera de su procedencia.

Solo en uno de los costados se distinguia, aunque confusamente, una inscripcion arábiga que decia: *Mab-el-Cobbé,* que podia traducirse por los nombres de uno de los estrechos del Océano índico, al S. O. de la Nubia en el país egipcio.

Las extensas dimensiones del buque mónstruo debia de contener gran número de tripulantes, calculándose que mediria sobre unos ochocientos metros de longitud por trescientos de latitud y contándose en uno de sus lados más de cincuenta piezas de artillería.

De repente apareció en su cubierta una gigantesca figura que no bajaria de nueve pies de alzada.

Vestia un traje árabe rojo y en su turbante del mismo color se os-

tentaba la media luna. Era por consiguiente el señor de aquella colonia flotante, segun todas las apariencias y la osadía de su cobrizo semblante.

Desde el cabo Guardafui hasta el Vert y del Blanco al de las Aguilas no se habia visto jamás una embarcacion semejante.

Penetraremos en su interior y sabremos resolver el objeto que se propone.

El Aquilon, este era el nombre del buque de tan extraña figura, y que no llevaba ni una sola tonelada de trasporte en mercancías ni pasajeros, ni más que unos ochocientos hombres de tripulacion entre egipcios, turcos, mohuscas y etíopes al mando del gigante que parecia su jefe.

Todo se hallaba en el silencio más sepulcral, y únicamente era interrumpido por los armoniosos y suaves acordes de un sonoro laud que acompañaba la melodiosa música de una cancion árabe, cuyos acentos revelaban la más volcánica pasion.

La deslumbradora claridad que salia de uno de sus camarotes daba á entender la ilustre persona que lo habitaba, corroborándose esta sospecha con la constante guardia de centinelas que lo rodeaban.

Era un cuadrilátero de grande extension adornado con toda la riqueza del arte en magníficos espejos de plata bruñida, divanes de terciopelo carmesí con franjas de oro finísimo y cortinas festoneadas sobre la rica seda con hilos de perlas y rubíes de un fabuloso valor; candelabros de oro macizo, pebeteros de cristal de roca evaporando el más delicioso perfume, y multitud de pájaros de todos los países del mundo, que con sus melodiosos trinos completaban el cuadro de aquella mansion divinizada. Era el conjunto del soñado Eden de los hijos del Profeta.

Empero nada de cuanto presentaba aquel paraíso podia compararse con la belleza de una mujer que muellemente recostada en uno de los ángulos parecia indiferente á cuanto le rodeaba. De nacion Georgiana, contaba apenas cuatro lustros de existencia ó sean veinte años.

Blanca como los ampos de la nieve, de ojos negros y rasgados como las vírgenes de Oriente, y velados por el divino fleco de sus pestañas, de blonda y sedosa cabellera, perlas nacaradas en su provocativa boca y de esbeltas y delicadas formas, no podia contemplarse sin arrebato, ni mirarse como á un ser natural de la creacion.

A tan bellísima figura daba más realce el finísimo traje de crespon color de rosa sembrado de mil caprichosos adornos y rica pedrería, bajo el que se ocultaba el ángel del amor.

Sobre su nevado seno veíase una pequeña cruz de oro esmaltado pendiente de un cordon de pelo negro como el ébano, signo indudable de la religion que profesaba.

Célia era su nombre, y en el momento en que la describimos un hondo suspiro se arrancaba de su pecho virginal, al mismo tiempo que descorriéndose una de las cortinas del extremo izquierdo del salon se presentó el gigante que vimos hace poco sobre la cubierta del buque.

—Célia, Alá te guarde, dijo al entrar, y descubriéndose enteramente apareció un hombre como de unos cincuenta años, de formas atléticas, severo rostro y torba mirada, que arrojando en uno de los divanes su alquicel y turbante rojo, sustituyó éste con un gorro beduino de larga y dorada borla, el cual daba á su semblante un aspecto singular.

Armado de una afilada y brillante escarcina que pendia de su cintura y á su inverso lado una puntiaguda daga, era su ademan en extremo feroz.

Célia nada contestó al lacónico saludo de su cancerbero, levantándose del divan que ocupaba é intentando la salida para el interior del camarote.

Mustafá, que así se llamaba el beduino, se le interpuso rápidamente, y cogiéndola de un brazo, aunque con cierto respeto, le repitió:

—Célia, Alá no quiere que me abandones ni te sustraigas á mi pasion. Tú serás mia á pesar del mundo enter o, y el ángel de la dicha velará por nuestra felicidad.

—Dejadme, señor, dejadme y no acibareis mas mi pobre existencia con vuestra pasion extraviada... Soy cristiana, continuó, y aunque así no fuese, tampoco podria unirme jamás al hombre á quien no amo ni amaré. ¿Olvidais que fuísteis el verdugo de mi raza y el asesino de mis padres? Dejadme y no me precipiteis hasta el extremo de atentar contra mi vida. Si dais un solo paso que comprometa mi virtud me daré muerte en vuestra presencia, dijo Célia resueltamente acercando á sus purpúreos lábios un pomo de mortífero veneno que llevaba oculto entre los pliegues de su ropaje.

—No lo consentiré nunca, mi bella Célia, interpuso el beduino. Tú no morirás sino conmigo para reunirnos en el paraiso, si es que antes no se cumple la terrible profecía del judío Samuel: «Serás »muerto á mano airada, tu hermoso buque hundido en el abismo y »tu poder aniquilado.» Y qué... Célia mia, ¿crees tú semejante desatino?... Ja, ja, ja... y reia estrepitosamente dando pasos por la habitacion, como acometido de un vértigo espantoso. Ja, ja, ja... ¿Es verdad, Célia, continuó, que esos vaticinios no pueden realizarse? Q uiénserá el pigmeo que se atreverá á luchar con mi fuerza hercúea, ni á vencer el talisman que me preserva de todo mal? Imposicble, imposible.

—¡Imposible! contestó Célia. ¿Creeis acaso que no ha de cumplirse un dia lo que predijo el Dios de los cristianos? Pues sí, se cumplirá.

—¿Qué dijo ese tu Dios tan poderoso para que se confirme sin contradiccion?

—Que «á hierro morirá quien mata á hierro,» replicó Celia con la seguridad del que tiene en el corazon la fé de sus creencias.

—Pues no sucederá, voto á Mahoma, dijo el beduino como una furia y haciendo retemblar el camarote con sus agitados pasos. No sucederá, porque Alá me proteje contra tus aliados; pero ¡ay de esos miserables aventureros si osaran acercarse ni á muchas millas de mi *Aquilon*! Porque entonces... moririan hechos pedazos... moriria yo, y conmigo... la soberbia cristiana, dijo; y alejándose por la misma entrada que apareció poco antes, iba en su desmesurado enojo y violento coraje maldiciendo su existencia y la raza de Georgia.

Dejemos á este mónstruo cavilar en sus infernales proyectos y demos una idea de lo que pasaba en uno de los bosques de aquella demarcacion.

II.

III

El náufrago.

No muy distante de la playa en cuyos mares permanecia anclado el navío *Aquilon* y junto al lago Maraví se albergaba una tribu de negros salvajes que, aunque no se les consideraba como antropófagos, sin embargo se parecian á la familia de los cafres oriundos del Cabo de Buena Esperanza por la ferocidad de su carácter.

En el interior de un bosque y en una plataforma como de mil varas de diámetro, estaban construidas en semicírculo las cabañas de aquellos salvajes, cubiertas de hojas de palmera y enarbolada en una de las del centro un pedazo de tela encarnada á estilo de bandera para distinguirla sin duda de las demas.

En ella habitaba el cacique ó mandarin de la tribu, á cuya inapelable sentencia se sujetaban todos sus moradores.

Djoli era el nombre de tan severo juez á cuyo cargo se encontraba un europeo llamado Gustavo, y que segun el uniforme de marino que aun conservaba, debia pertenecer á una clase distinguida.

Arrojado por una tempestad en las desiertas playas y sin ningun medio de salvacion, fué recojido por aquellas gentes que, aunque salvajes, respetaron su vida, ya fuese por el estado en que se hallaba ó ya por miedo á los de su color.

Gustavo fué conducido á la cabaña de Djoli, único de los indíge-

nas que entendia algo de los idiomas europeos por haber estado en un buque al servicio del gran sultan, y enterado de la historia del náufrago le dispensaba su amistad, y de aquí la consideracion de su tribu.

Una mañana, ó sea la siguiente de la llegada del navío *Aquilon* á aquellas costas, se hallaba Djolí y Gustavo fuera del bosque observando la embarcacion que flotaba en alta mar y que con el auxilio de un estropeado y viejo anteojo que poseia el cacique, podíase distinguir algun tanto mejor.

De repente un grito de espanto se arrancó de los lábios del negro Djolí, y obligando á Gustavo á huir de aquellos sitios fueron á ocultarse en lo interior del bosque.

Dentro ya de su cabaña y repuestos ambos de la sorpresa que á cada cual habia causado la vista del buque mónstruo y á Gustavo la huida de Djolí, intentó aquel saber del cacique lo que pudiera serle tan extraño. Empleó toda su astucia para conseguirlo, y por último Djolí se expresó de esta manera.

III.

La revelacion.

—Hace cuatro años próximamente que en esas playas que nos rodean naufragó una hermosa fragata de guerra, que procedente de la Turquía cruzaba el Océano.

En menos de seis horas se fué á pique sin que bastaran los esfuerzos de su tripulacion, ni el auxilio de un bajel mercante que le seguia en la misma direccion.

Tres personas solamente se salvaron de la catástrofe y un hermoso perro de Terranova que llevaba uno de los pasajeros que perecieron en las olas.

El bajel tremolaba la bandera turca y su dueño era un hombre de colosal estatura, de color rojo lo mismo que sus vestidos, y más que por el comercio de pieles que aparentaba, era un verdadero pirata, terror de nuestros mares.

Se llamaba Mustafá y ejercia en su tripulacion un dominio absoluto.

Uno de los que tuvieron la suerte de entrar á bordo del navío *Aquilon*, que así se nombraba, fuí yo.

Sirviendo en clase de soldado á las órdenes del gran señor, tuve

el sentimiento de ver sumergirse nuestra fragata de guerra y perecer todos mis compañeros.

El terrible Mustafá llevaba algunos cautivos, entre los que habia una jóven georgiana de rarísima hermosura, y que más bien que criatura humana era un ángel del paraiso.

Célia se llamaba la sin par belleza, y ya fuese por mi calidad de extranjero, ó ya por la franqueza que le inspiraba mi lealtad, me trataba con confianza, dispensándome la relacion de su historia.

Díjome que su dueño Mustafá habia exterminado á toda su familia y muerto violentamente á sus padres y un hermano en un abordaje, y que ella, su prisionera y despues su esclava, le hacia sufrir toda clase de disgustos por no corresponder á sus brutales amores.

Víctima hubiera sido mil veces de la ferocidad de Mustafá si no la defendiese de sus iras un precioso talisman que poseia; pero que no ejercia toda su influencia mientras no se destruyese otro más poderoso que conservaba aquel y que nadie se lo arrebataria sin la vida.

Durante la travesía de nuestro nuevo buque hácia las costas de Guinea, caí gravemente enfermo, y fué tan delicada mi convalecencia y tan profundas las huellas que dejó mi enfermedad, que resolvió Mustafá deshacerse de mí en la primera ocasion.

Poco tiempo despues fuí arrojado á las playas del lago Dembea en la region septentrional, y más tarde conducido en una barca pescadora de atunes á esta parte meridional, donde vivo entre los de mi raza querido y respetado de mis hermanos de color.

Conservo desde entonces este viejo anteojo que me es de suma utilidad, y como un recuerdo de la generosidad de la hermosa georgiana una preciosa sortija de rubíes y un medallon con su verdadero retrato, que os enseñaré.

Dijo así Djolí, y entrando en lo más oculto de su cabaña, salió á pocos momentos con la inapreciable joya y el retrato de la divina Célia, que puso en manos de su huésped Gustavo, no sin haberle exigido la promesa de no revelar á nadie el secreto que le confiaba.

IV.

El juramento.

Absorto quedó el jóven marino ante el conjunto de tan singular belleza, y observando detenidamente el anillo que circundaba el precioso medallon hubo de tocar á un ligero resorte, y abriéndose por el reverso por sí solo, descubrióse un pedazo de papel donde estaba trazada en correctos perfiles del idioma persa la historia de la hermosa cautiva y detallados los medios de libertarla de su horrible esclavitud.

No se escapó á la penetracion de Gustavo lo interesante de semejante descubrimiento, y así es que al descifrar á Djolí el contenido del papel misterioso lo hizo solamente de la parte que debiera revelarle, inclinándolo á que lo acompañase en busca de la bella prisionera y libertarla si posible fuera de su tirano opresor.

Mucho halagaba á Djolí la idea de su huésped; pero retrocedia ante el temor de habérselas con tan terrible enemigo como el feroz Mustafá, á quien ningun poder humano podia combatir.

Así lo demostró á Gustavo, que viéndolo decidido en su temerario propósito, le ofreció una segura canoa con víveres para treinta dias y un bruñido y acerado alfange que conservaba entre las ropas de su uso con el más prolijo esmero.

Aceptada la proposicion del generoso Djolí y no pensando en los inminentes peligros á que se exponia en tan arriesgada empresa, convinieron para su partida la madrugada del siguiente dia, en que deberia embarcarse con direccion al navío *Aquilon*, que aun anclaba á la vista de sus playas.

Dispuesta la canoa al romper el alba de la mañana venidera, prodigáronse ambos las más lisonjeras frases de cariño, y antes de salir del bosque, haciendo Gustavo una cruz de dos pedazos de arbusto, clavada en tierra y de rodillas ante el sagrado signo de nuestra redencion, pronunció este solemne juramento:

—Juro por la sangre del Crucificado, por la memoria de mis padres, por la vida de mis hermanos y por la salvacion de mi alma no descansar ni un solo momento hasta conseguir la libertad de la bella cautiva ó morir en la demanda; dijo, y dando un tierno abrazo al cacique Djolí y éste á su vez bendiciéndolo en nombre de Alá y Mahoma su profeta, se dirigieron á la orilla del mar, donde de ante-

mano habia mandado Djolí preparar una grande canoa con su timon y vela y abastecida de lo necesario.

Era la hora de la niebla producida por las evaporaciones de la mareá, y apenas se distinguia el azulado espejo sino hasta muy cerca distancia.

Parecióle á Gustavo esta circunstancia muy favorable para poder llegar al *Aquilon* que yacía oculto entre la densa bruma, y embarcándose resueltamente dirigió el último adios al bosque hospitalario, y perdióse entre los rizados pliegues de aquella inmensidad.

Dejemos al atrevido marino bogar en alas de su suerte, y mientras Djolí volvíase triste y pensativo á su morada en union del indio de su tribu que le acompañaba, continuemos nuestro rumbo al lado del monstruoso navío *Aquilon*, cuyo inespugnable baluarte queria asaltar el intrépido doncel.

V.

La desaparicion y el huracan.

Más de media milla habia ya recorrido la canoa con su atrevido aventurero y aun no se descubria el *Aquilon* en el sitio que antes estuviera.

Ya se hallaba el mar completamente despejado y el bajel no se divisaba en ninguna direccion. Parecia que se lo hubiese tragado el abismo cuando no se traslucia ni aun su sombra en una circunferencia de quinientas millas de horizonte.

Dudoso nuestro jóven marino sin saber el rumbo que tomara, vino á sacarlo de su incertidumbre un punto negro que se asemejaba á una gaviota.

Bogó hácia él con toda la velocidad que le permitia su pequeño bote, y cuanto más se internaba en alta mar, más lejos se encontraba de aquella.

De repente una ráfaga de viento S. O. que cada vez se hacia más fuerte y continuada, le dió á conocer la proximidad de un huracan.

Recogida la vela de su canoa y amarrada convenientemente, se dejó llevar á merced del viento, porque toda otra tentativa hubiera sido inútil contra el feroz elemento.

Dos dias pasó siendo juguete de las embravecidas olas, que tan pronto lo elevaban hasta las nubes como lo hundian en la profundidad, y ni habia llegado á descubrir el bajel de su bella cautiva ni un palmo de tierra donde descansar con seguridad.

Apuradísima era su situacion en una zona desconocida y sin lle-

var la indispensable brújula para dirigir su canoa y volver al punto de su salida.

Ya hacia algunas horas que caminaba sin acierto, cuando de improviso tomó la canoa un opuesto rumbo, y empujada por una corriente caminaba con asombrosa rapidez hasta que muy entrada la noche fué á estrellarse contra las rocas de un islote cerca del cabo llamado de las Agujas, en el Sur.

Quedó sin sentido del tremendo golpe que recibiera, y cuando volvió en su conocimiento hallóse tendido entre la sinuosidad de los peñascos, ignorando el punto en que se hallaba y la suerte que le aguardaba.

Así pasó aquella terrible noche, y cuando el primer albor de la mañana le permitió reconocer su situacion, vió con amargo dolor que habia desaparecido su canoa y que se encontraba aislado en un peñon enorme en medio de los mares, sin una planta siquiera que le sirviese de alimento.

En vano registró todo el contorno de la montaña de piedra donde esperaba algun consuelo. Inútil era su esfuerzo.

El calor que ya se dejaba sentir y el hambre que le fatigaba le hizo buscar una concavidad donde guarecerse y esperar con la más santa resignacion una horrible muerte que juzgaba inevitable.

Durmióse en fin, y á su acalorada imaginacion se presentó todo lo espantoso de su crítica situacion.

VI.

El sueño.

Apenas habia Gustavo cerrado sus cansados párpados despues de tan penosa vigilia, se agolparon á su mente mil fantásticas visiones.

Soñó que estaba en un vasto desierto rodeado de fieras y reptiles venenosos, y que cuando se creia envuelto su cuerpo en el resbaladizo tronco de una serpiente que reduciendo su anillo lo ahogaba por instantes, un hermosísimo ángel de cuatro alas presentóse, libertándole de la muerte. Despues le condujo por los aires hasta un palacio de admirable magnificencia, donde vió entre sus vaporosos habitantes á la reina de su pensamiento, á la divina Célia sentada sobre un trono.

Quiso en su ilusorio delirio arrojarse á los piés de la que adoraba sin conocerla, en cuyo momento despertó sobresaltado á impulsos de su agitacion nerviosa y de la lluvia que caia á torrentes.

El pasado huracan era precursor de una segunda tempestad, que atraida por la influencia del islote en que Gustavo se hallaba, se hacia cada vez más imponente y aterradora.

Un espantoso trueno repetido en la inmensidad y con el que parecia rasgarse el firmamento, le vino á sacar de su estupor y abatimiento. Abrióse la cima de la montaña de roca y una terrible y esentórea voz dejóse oir con las siguientes palabras:

VII.

El vaticinio.

—¡Oh mortal, que bajo el poder del génio del mal yaces en la más terrible de las desgracias! Oye... y obedece.

La Diosa de los Mares y nuestra reina y señora me manda anunciarte que si tanto es el amor que le profesas y tuvieses serenidad y valor para arrostrar los peligros que se presentan hasta libertarla de las garras de su opresor Mustafá, que así lo manifiestes repitiendo tu solemne juramento.

Hízolo así Gustavo reproduciendo las mismas palabras que oyera el cacique Djoli, y concluida su promesa continuó la voz:

—Dentro de una hora pasará la tempestad y aparecerá en los aires una hermosa águila, blanca como la nieve, que te conducirá al término de tu venturoso destino, si es que puedes vencer los grandes obstáculos que te opondrá el génio maléfico.

Dicho esto quedó todo en silencio, que era interrumpido solamente por la tempestad que se alejaba y los rugidos del mar embravecido.

VIII.

Aventuras extraordinarias.

El águila blanca que le anunciaron á Gustavo presentóse en efecto columpiándose en el espacio.

Descendió sobre las rocas, y montando nuestro jóven aventurero en el lomo de aquella, se elevó en los aires cruzando los desiertos más extensos en muy pocos instantes y sin ningun particular accidente.

En el interior del Africa por la parte meridional contuvo su vuelo hasta dejar á Gustavo en la entrada de un dilatado y sombrío bosque

desapareciendo de su vista y quedándose solo sin más auxilio que su valor y el bruñido alfanje que para su defensa le regaló el cacique Djolí.

Ya tenemos á nuestro apasionado mancebo en el principio de su viaje. Veamos lo que le acontece.

El bosque de los leones.

Lo primero que le ocurrió fué leer un papel que el águila le habia depositado á sus piés antes de abandonarlo y el cual contenia el itinerario ó carta terrestre que debia servirle en su camino.

Por la traduccion del escrito supo que aquel bosque estaba lleno de espantosas fieras, especialmente leones, y lo arriesgado que seria atravesarlo; pero como no habia otro medio de cumplir su juramento, marchó adelante decididamente.

No bien se hubo internado en la espesura por una vereda ó línea rozada de las serpientes, oíanse los rugidos de las fieras que helaban el alma de pavor.

—Adelante, Gustavo, dijo para sí, y apresurando su marcha bien pronto estuvo en un llano que, semejaute á una extensa plaza, era precisamente el punto de reunion de aquellos.

Vió uno que, recostado en la pradera, lamíase una mano tranquilamente, pero que apenas estuvo cerca nuestro viajero se irguió sobre sus enormes patas y olfateando hácia la parte donde recibia el aire, dirigióse mesuradamente como para examinar el terreno.

Gustavo oculto tras de un árbol y preparado con su alfange, esperaba la llegada de su terrible adversario.

Escasa era ya la distancia que lo separaba de la fiera, y aunque procuraba armarse de valor y serenidad, no pudo menos de causar un pequeño ruido al sacar su arma de la acerada vaina.

Seis pasos más y la lucha era inevitable. Hízole Gustavo al leon una señal desde el sitio que ocupaba, y la fiera, siguiendo su natural manera de acometer, le embistió de frente.

Da Gustavo una voz por el lado izquierdo y al arrojársele como una flecha, le abrió el cráneo de una tremenda cuchillada por la derecha, y de un salto se separó del leon refugiándose en los inmediatos árboles, cuyos troncos envolvia la maleza.

Era una corpulenta leona la herida fiera, que aunque derribada al suelo por el mortal golpe que habia recibido, atronaba los bosques con sus lastimeros rugidos.

Todos los animales en su particular instinto tienen un idioma especial entre los de su raza que se comprenden perfectamente.

Así sucedió con la feroz leona, que á sus ayes y quejidos acudie-

ron sus hijuelos reunidos con el macho su padre, y á poco tiempo se contaban de cinco á seis en la plataforma del bosque.

Salió Gustavo al frente de ellos con su alfanje y arremetiendo por medio denodadamente, hiriendo á unos y ahuyentando á otros, pudo ganar la espesura de enfrente y deslizarse por las quebraduras de las rocas, y huyendo sin parar se encontró en una vasta llanura, salvándose milagrosamente.

Recostóse sobre las plantas que circundaban á un cristalino arroyuelo, donde apagó su rabiosa sed, y cuando pensaba más que en el peligro en que estaba, en el hambre que debilitaba sus fuerzas, vino á sorprenderlo agradablemente el águila, su protectora, trayendo en su encorvado pico un cesto de ramas de palmera con el alimento suficiente á su devorador apetito.

El águila volvió á remontar su majestuoso vuelo y se perdió entre las nubes, quedándose admirado Gustavo de lo que acababa de sucederle, que más tenia de encantamiento que de obra de ningun sér natural.

Reparado su estómago y no debiendo permanecer en aquel peligroso recinto, encaminóse de nuevo por la primera senda que se le ofreció á sus ojos y perdióse entre las sombras que proyectaban los árboles al ocultarse el sol tras de las montañas vecinas.

Grande trecho anduvo sin ningun incidente, hasta que el recuerdo de tan continuados conflictos lo sacó de sus profundas meditaciones para deplorar quizá otros mayores que lo expusieron á perecer sin remedio.

La redoma encantada.

Caminaba Gustavo con el latente deseo de encontrar al ídolo de su amorosa pasion, y en aquellos momentos no ocupaba su imaginacion otro pensamiento, ni aun el temor de lo que pudiera sucederle.

Una extraña y desagradable música le hizo fijar su atencion hácia el sitio de donde se percibia.

La más estrepitosa carcajada repetida de vez en cuando venia á poner término á cada uno de sus discordes sonidos, viendo con asombro una inmensa turba de enanos, cuya descripcion seria difícil, que llevaban en sus hombros y sobre unas andas de plata una colosal redoma d ecristal amarillo, y cuyo contenido no podia descubrirse en aquel instante.

Llegó la alborotadora comitiva al sitio donde Gustavo se hallaba, soltando al pasar junto á él una ruidosa burla acompañada de gestos y desaforados gritos, capaces de ensordecer á una piedra. Saludólos Gustavo con la mayor cortesía; pero la contestacion fué reírsele una

y mil veces; y sin dejar su infernal tocata y atronadora algarabía continuaron su marcha, dividiéndose en dos mitades y envolviendo en su centro al pobre aventurero que no sabia qué partido tomar.

Siguieron adelante siempre con la misma serenata, hasta que parándose de repente tiraron al suelo la redoma, y entre aullidos y una polvareda endemoniada, desaparecieron de su vista como por ensalmo.

Rompióse la redoma y saliendo de ella un sin número de monas que rodearon á Gustavo, lo pusieron con sus arañazos y mordiscos en el mayor apuro.

A diestro y siniestro repartia las cuchilladas sobre aquella hueste salvaje; pero era inútil su esfuerzo, porque con la destreza propia de tan ligeros y astutos animales, evadian los certeros golpes del furioso batallador haciendo imposible su defensa.

Por último, en fuerza de su constancia pudo deshacerse de tan crueles enemigos, de cuya descomunal pelea salió estenuado de cansancio y cuajado de mordeduras.

No paró aquí su desgracia, pues al acercarse á la fatal redoma percibió un olor tan pestífero é insoportable que le hubiera hecho perder el sentido si no se tapara cuidadosamente las narices y la boca y huido desesperadamente de aquel infestado lugar.

Volvió á continuar su interrumpida marcha, y ya creia haber llegado al término de sus infortunios, cuando una terrible punzada en la mejilla derecha le dió á conocer la acometida de algun venenoso insecto.

Las moscas de San Narciso.

En las regiones meridionales del Africa se crian y multiplican extraordinariamente unas moscas pardas que en nuestro país se llaman *borriqueras*, con un aguijon afiladísimo que, penetrando en la piel, absorbe la sangre de los animales, que es su favorito alimento. Llámanse más propiamente de *San Narciso* por una tradicion antiquísima que no es de nuestro propósito describir.

Estos molestos insectos dípteros de la familia de los autericeros, habitan siempre en los alrededores de pantanos infectos y al abrigo de ciertos árboles cuya resinosa sávia es para ellos el mejor nutritivo. Gustavo fué acometido por un enjambre de aquellas malditas moscas, contra las cuales no habia ningun medio de defensa, sino el de sumergirse en el agua, y el pobre viajero estaba, segun imaginaba, muy lejos del líquido salvador. En menos de cinco minutos se hallaba enteramente cubierto de millares de ellas, y su cabeza, manos y rostro hinchados como una odre.

Corria desalentado sin acierto ni direccion, renegando de su desventurada suerte y dando al diablo sus amores y la posesion de su bello ideal.

Inútiles eran sus sobrehumanos esfuerzos, y ya íbase á arrojar al suelo decidido á morir de una vez degollándose con el alfange, cuando oyó una voz que le decia: «Adelante, adelante: sigue al frente y encontrarás un lago; arrójate en él sin miedo ó pasa por un tronco que hay tendido en uno de sus ángulos, y una vez libre... espera.»

El lago de sangre.—El Vampiro.

Veloz como la flecha disparada por el más diestro arquero, huia Gustavo con una celeridad asombrosa hasta encontrar el lago que le indicaban; pero cual fué su sorpresa y su amargura cuando al tocar á su orilla vió que sus aguas se habian convertido en sangre. Sin embargo, como no era prudente detenerse ni un solo momento, lánzase en medio, y nadando trabajosamente, tanto por el horror que le inspiraba semejante trasformacion, cuanto por el fétido olor que despedia, pudo llegar á la opuesta orilla libre ya de sus alados perseguidores, y en donde se arrojó medio muerto por la falta de alimento y el dolor de las picaduras.

Dejémosle un instante reparar sus fuerzas á beneficio de un pacífico sueño que le derramó el humanitario Morfeo, y veamos cómo pudo salir de aquel repugnante lugar.

Conforme en algunos paises septentrionales existe la errónea idea de estos fabulosos entes hasta el punto de creerse firmemente que son los cadáveres que se levantan del sepulcro para chupar la sangre de los hombres y animales cuando duermen, surge tambien en varias regiones del África esta misma afirmacion, con tanto más fundamento cuanto es mayor la supersticion de sus habitantes.

El atraso de su civilizacion les hace asegurar la existencia de los lagos de sangre, que no son otra cosa que unos depósitos de agua corrompida, y que produciendo la toba, especie de piedra blanda y esponjosa de un color rojo oscuro, llega por el excesivo calor á parecer, por efecto tambien de la refraccion de la luz, sangre en vez de agua. Gustavo no sabia esta circunstancia, y por eso fué mayor su espanto.

Un soporífero sueño se iba apoderando de él hasta el extremo de quedar profundamente dormido. Entonces acercósele una sombra parecida á un génio, y rociándole las manos y rostro con un líquido blanco como la leche, quedó en su natural estado y sin señal de las mortíferas picaduras.

Era uno de esos vampiros de que nos habla la antigüedad. Desnu-

dóle de sus ropas y descubriéndole el pecho aplicó á él su nauseabunda boca para extraerle la sangre que lo alentaba. Un extraño y repentino ruido, semejante al que hace á su paso una bandada de palomas, vino á sacar á Gustavo de su letargo.

Desvanecióse la sombra como por encanto, y vióse descender el águila protectora que lo sacó de aquel sitio llevándolo á otros parajes por donde continuase su camino, hasta llegar al en que estaba la cautiva.

La gruta de la serpiente.—La casa del diablo.

Grandes fueron los peligros de Gustavo en el principio de su viaje; pero aun eran mayores los que tenia que arrostrar hasta su terminacion.

Caminaba sin descanso resuelto á no parar ni un momento en aquel dia, mas encontró cortada la salida por una enorme roca que no podia atravesar sino por una grande abertura en su centro. Penetró por ella, y no bien hubo andado cien pasos, cuando un resoplido infernal acompañado de tres silbidos penetrantes, lo hicieron retroceder hácia fuera.

Una vez al aire libre párase un instante para cerciorarse de la causa de su espanto, cuando vió que le seguia una monstruosa serpiente de tres cabezas que amenazaba tragarlo con la mayor facilidad. Media como unos veinticinco piés de largo por siete de grueso, y su escamosa piel asemejábase á la de la ballena.

De su aterradora boca salia una lengua descomunal á manera de flecha, y su pestífero aliento era capaz de asfixiar á un elefante. Apurada era la situacion de Gustavo si no hubiese tenido la fortuna de guarecerse tras de los troncos de dos gigantescos árboles casi juntos, por entre los que podia burlar algun tanto las acometidas de la serpiente. Tres veces intentó el fiero reptil introducir una de sus cabezas por el claro de los árboles y otras tantas tuvo Gustavo la suerte de cercenarle la cabeza de un solo golpe. Inutilizada ésta y antes de que pudiera con su enorme cola extrangularlo, huyó precipitadamente.

Llegó la noche, y caminando sin cesar no descansó hasta la venida del nuevo dia, en que se encontró en un extenso desierto, cuya posicion infundia sérios temores ante la reflexion de los peligros que le amenazaban.

Poco más de una hora habia andado nuestro apasionado aventurero, y sus piés no podian ya resistir la pesadez de su marcha sobre la cálida y menuda arena de que se hallaba cubierto el camino en una circunferencia de más de cuatro leguas. Ni el más lejano y humilde oasis se descubria, ni aun la solitaria palmera, cuyo sazonado fruto le sirviera para reparar sus debilitadas fuerzas. Abismado con el triste pensamiento de sus desgracias, que se aumentaban gradual

mente, no advertia que sus plantas se enrojecian próximas á brotar sangre de las heridas producidas por la arena. Más de una vez habia renegado de sus amores y arrepentido de su juramento, y estaba ya resuelto á abandonarse á su desventurada suerte, cuando observó hácia su derecha una negruzca casa de forma triangular y de cuya chimenea elevadísima salia un torbellino de humo ceniciento y de un olor insoportable.

Meditó por un momento sobre tan extraña aparicion en aquel lugar desierto y que solo por encantamiento ó travesura diabólica pudiera presentarse, y no sabiendo explicarse la razon de lo que sus ojos veian, decidió por variar de rumbo en direccion opuesta. No acabó de cruzar por su imaginacion esta idea cuando una figura raquitica y de unos tres piés de alzada se le acercó, dirigiéndole con voz cascada y diminuta las palabras siguientes:

—¿Por qué huyes de mi hospitalario albergue? ¿Por qué desprecias el bien con que te brindo en estos apartados lugares?

Dijo así, y cogiendo á Gustavo de un brazo con una fuerza irresistible lo llevó casi sin tocar en el suelo hasta la entrada de la casa misteriosa. Una vez en la puerta abrióse ésta, y presentándose una docena de furias infernales despidiendo fuego por ojos y boca y conduciendo una gran tina de hierro colado, en la que hervia la pez y el plomo derretido, lo hubieran arrojado en ella, si el estampido de un horroroso trueno no viniera á dejar atolondrada tan endemoniada esfinge. Esparcióse la inmensa columna de humo tocando casi á la tierra y desapareciendo el hombrecillo, la tina y sus conductores, y cerrándose estrepitosamente la puerta quedó todo en el mayor silencio.

De repente ábrese un abismo desapareciendo en él por completo la casa, y quedando el pobre Gustavo en el fondo de un inmenso valle, rodeado de altísimas montañas que tocaban en las nubes.

La red misteriosa.—La maravilla.

Por bien satisfecho se diera nuestro jóven aventurero con la nueva region en que se encontraba si no sospechase alguna otra estratagema diabólica que lo pusiera en mayores compromisos.

Tomó la primera senda que se le presentó á la vista, caminando por ella hasta el límite de la espesura de los arbustos del valle; pero, ¡cuál seria su asombro al encontrarse interceptado por una fuerte y espesa red de finisimo alambre que le cortaba la salida de aquel sitio! ¿Cómo romper la férrea prision sin más ayuda que sus débiles brazos?

Ahora lo veremos.

Cortó con el alfange algunos trozos de palos del grueso de un dedo, y entrelazándolos por las mallas de la red y retorciendo unas en sentido inverso de las otras, fué poco á poco haciéndose la abertura

más grande, hasta lo suficiente para pasar por ella, no sin sufrir algunas heridas de los picos rotos, que se le enganchaban en la ropa.

Por fin salió de aquel atolladero rendido de tal maniobra y desfallecido por el hambre. Queria comer y sus ojos no le descubrian ningun alimento. Anduvo trepando siempre por las escarpadas rocas que cerraban el valle, y á fuerza de trabajos indecibles dominó la cima de la montaña.

Magnífico era el panorama que se ofrecio a su vista. Una hermosa y dilatada llanura sembrada de árboles fructíferos, mansos arroyos que atravesaban la comarca serpenteando entre las flores, y la más grande vegetacion de la naturaleza le convidaban al descanso. Preciso era descender de la elevacion en que se hallaba para disfrutar de aquel paraiso.

Tres horas tardó en su penosa bajada, y ya tocaba con las manos el apetecido fruto de un frondoso manzano. Lo llegó á sus lábios con esa ánsia propia del hambriento cuando un gesto indefinible reveló el disgusto que esperimentaba. Tenian las manzanas la dureza del bronce y el ácido del más fuerte vinagre haciéndose imposible su sabor.

Siguió adelante, y aunque cogiendo uno á uno de los variados frutos con que le brindaba aquel vasto y pintoresco vergel, no pudo llenar su estómago con un solo bocado.

Acercóse á un manantial de cristalinas aguas, y halló el líquido convertido en un terso espejo de bruñido acero que no pudo satisfacer su sed. Ya no queda al desgraciado caminante ningun humano recurso; preciso era morir si no estuviera determinada otra cosa.

Sepamos lo que le aconteció.

Desesperado con tanto contratiempo y tan repetidas desventuras, desenvainó el alfange, y ya iba á poner fin á su vida cuando observó que de improviso cambiaba toda aquella mentida felicidad en la maravilla más verdadera. Los árboles se presentaban de mejor color, las frutas sazonadas y de riquísimo gusto; las aguas de un sabor delicado, y todo cuanto le rodeaba trasformado de una manera sorprendente y anunciando el término de sus desdichas. Apagó la sed y mitigó el hambre que lo aniquilaba.

De repente formóse una diáfana nube con los colores del iris, y en el centro, esculpidas con signos luminosos, las siguientes palabras: «VEN Á MÍ Y FELIZ SERÁS.»

IX.

El palacio sub-marino.

No tardó Gustavo en obedecer lo que se le ordenaba, y penetrando por medio de aquel vaporoso velo sintió que lo trasportaban por el

aire, hasta que á poco tiempo se encontró en una extensa playa donde no habia más que un cetáceo de indefinible explicacion que al divisarlo le invitaba con sus aletas á que le siguiera. Acercóse Gustavo, y conociendo que aquel debia ser un enviado de la hermosa georgiana, montó sobre su negro y escamoso lomo, no sin esperimentar un horrible temor.

Resbalábase el pez sobre la superficie de las aguas con una pasmosa velocidad, cuando de improviso hundióse en el profundo abismo.

¿Qué será del pobre aventurero? ¡Infeliz de él! Su muerte era inevitable, ahogándose sin remedio.

Empero no fué así, porque antes que el salado elemeuto pudiese entorpecer sus órganos respiratorios ya estaba en salvo y al pié de una magnífica escalera de nácar, á donde le esperaba una bellísima jóven que le dirigió el siguiente razonamiento:

—¡Oh tú, el más feliz de los mortales! Tu valor y temerario arrojo para vencer tantos peligros te pondrán en posesion del ángel más hermoso del paraiso. Mi señora la DIOSA DE LOS MARES te aguarda con impaciencia; pero como para llegar hasta ella es necesario destruir el poder de su opresor Mustafá y depositar su cabeza á los piés de la que hoy es su cautiva, toma este anillo hecho del mismo pelo de aquel y con el cual serás invulnerable.

Dijo, y entregando á Gustavo una preciosa y diminuta caja de oro esmaltado desapareció de su vista.

Guardó Gustavo cuidadosamente su talisman y ascendiendo por la nacarada escalinata, cuyos pasamanos de cristal de roca y fina pedrería, conducia al interior del palacio de la diosa, bien pronto se encontró donde asombrarse con tanta maravilla.

Ni en los fantásticos cuentos de las *Mil y una noches*, ni en los prodigiosos descubrimientos del célebre Julio Verne en sus viajes sub-marinos, ni cuanto de más admirable puede forjarse la imaginacion de un poeta, es bastante ni con mucho á llegar á lo extraordinario de la régia morada de la DIOSA DE LOS MARES.

El oro en toda su pureza, la plata vírgen y las joyas más grandiosas y de inestimable valor, era lo que resaltaba hasta en sus más ligeros adornos. Alumbrado constantemente por la eléctrica luz de las trasparentes aguas y con una deliciosa temperatura, es la morada de Célia una copia del paraiso.

Sin embargo, no era dichosa. Educada desde su niñez por una familia opulenta y acariciada en todos sus caprichos, no podia soportar el cautiverio aprisionada en su dorada jaula. Tenia un corazon susceptible de la más ardorosa pasion, y soñaba con la dicha de un hombre que labrara su felicidad.

Mustafá la adoraba con locura, mas por no perder del todo su cariño, no se atrevia á emplear ningun medio violento, dejando al

tiempo el captarse su voluntad. A pesar de esto era Mustafá iracundo, déspota y valiente y jamás encontró obstáculo en sus proyectos, por lo que le apellidaban el *invencible*.

Hallábase en una de sus reservadas habitaciones en el instante en que Gustavo recorria todo el palacio buscándolo para combatir con él, cuando al atravesar un corredor salió á su encuentro el magnífico perro de Terranova, de que ya tienen noticia nuestros lectores.

Frunció el ceño el arrogante animal, y lanzando un sordo gruñido en accion de acometer á Gustavo, éste se le acercó con la mayor serenidad acariciándolo, dándole á olfatear la cajita que encerraba el precioso talisman. Cambió el perro sus intenciones y humillado á sus piés se los lamia como si fuese su propio dueño.

En aquel momento apareció un negro de colosal estatura, y advertido de la intrusion del extranjero y lo que acontecia con el feroz animal, fué inmediatamente á dar cuenta á su señor amo Mustafá.

X.

El reto, la lucha y la victoria.

Bien pronto se dejó ver el corpulento Mustafá, quien dirigiéndose á Gustavo, le dijo con tono altanero:

—¿Quién eres tú, miserable insensato, que así te atreves á profanar mi sagrado recinto? Por Alá que si no tuviera lástima de tu necedad y pequeñez te mandaria cortar la cabeza. Sal fuera inmediatamente, y si es que la ambicion del oro te ha inducido á pisar mi régio alcázar toma esa repleta bolsa para que te vuelvas satisfecho de mi generosidad; y arrojó á los piés de Gustavo un gran bolso de seda carmesí, cuyo sonoro ruido era capaz de seducir al más indiferente.

Arrebatado en cólera el jóven marino dió un puntapié al dinero que le ofrecia aquel coloso, y acercándose con ademan amenazador, le replicó:

—Y tú, perro infiel, el más despreciable de la naturaleza, ¿quién eres que así te permites insultar á un caballero capaz de abrir tu brutal cabeza de un solo tajo? Ven conmigo dónde y cómo quieras y te haré ver que en tí no existe más valor que el que da la impunidad, el orgullo y tiranía de tu poder.

—Yo castigaré tu audacia, repitió Mustafá; pero para que jamás se diga que el señor de estas regiones toma venganza de tus insultos en mi propia morada, salgamos fuera inmediatamente. Y uniendo á sus palabras la accion de realizarlas, mandó á su esclavo David proveerlo de lo necesario, y una hora despues se hallaban en un extremo del

palacio, por cuya puerta salieron á una arenosa llanura donde no se habian visto jamás las huellas de planta humana.

Solos estaban ambos combatientes sin más testigos que el cielo que los cubria.

Entretanto Célia, á quien le habian participado todo lo ocurrido, pedia fervorosamente al Dios de los cristianos por la buena suerte de su enamorado doncel.

Tres veces habian medido la distancia y otras tantas puéstose en guardia para empezar la lucha. Armado Mustafá de una terrible y pesada cimitarra y Gustavo de su afilade alfange, se dieron la señal.

Como si dos buques blindados se acometieran de frente y al choque se hicieran mil pedazos, así embistieron aquellos dos leones uno contra otro. Las dos aceradas armas quedaron hechas pedazos á los primeros golpes, y echando mano Mustafá de una bruñida daga que pendia de su cinturon de galon de oro, precipitóse sobre el indefenso Gustavo, que no contaba sino con un pequeño pedazo de alfange.

Trabóse una desesperada lucha en que asestando Gustavo á su contrario un fuerte puñetazo que le hizo saltar un ojo, y desvanecido un tanto Mustafá con el intenso dolor que le produjera, erró el certero blanco de su daga y faltándole el apoyo dió en tierra con su pesado cuerpo. Aprovechó Gustavo aquel momento, y arrojándose encima como la pantera sobre su presa, le cortó la cabeza, de la que salió un raudal de sangre cual pudiera de un corpulento toro.

Victorioso con tan grandiosos trofeos y posesionado del talisman que llevaba el terrible Mustafá, volvióse hácia el palacio encantado, cuando de improviso, desatados los mares, desencadenados los vientos, temblando la tierra y rugiendo la tempestad, se halló en medio de la misma roca donde naufragó su canoa y oyó la voz para su conquista.

Afligido con tan inesperado contratiempo lloraba desconsolado, y cuando en su desesperacion iba ya á arrojar al mar la ensangrentada cabeza de su Goliat, una blanca y hermosa paloma atravesó el espacio, viniendo á posar en sus hombros y dejándole en la mano un perfumado billete.

Lo abrió Gustavo y enterado de su contenido bajó de la roca hasta la orilla del mar, y por una abertura que en ella habia penetró, llevando por guia al cándido volátil.

Sigámosle sin perderlo de vista para disfrutar siquiera como simples espectadores de la dicha que le estaba reservada, y que era el premio de sus sacrificios y amarguras pasadas.

XI.

El buque mónstruo.—La Diosa de los mares Conclusion.

Dentro ya Gustavo de la gruta por donde lo guiaba la paloma, advirtió que se ensanchaba á medida que se internaba en ella, y al cabo de media hora se hallaba en el otro lado del mar, á quinientos pasos del bagel que vió con Djolí cuando se hospedaba en su cabaña. Allí estaba preparado un magnífico bote tripulado por seis bellísimas doncellas, que le recibieron con el más grande respeto y condujeron al navío *Aquilon*, donde le esperaba su prometida.

A una señal convenida empezaron las salvas de sus cien cañones de artillería entre los acordes de la más agradable música y un griterío de vítores atronador. Gustavo, en pié sobre el bote que lo conducia, con la cabeza ensangrentada del gigante Mustafá y rodeado de tan hermosos remadores, parecia al dios Marte vencedor del mundo entero y dueño del universo.

Todo era confusion y algazara, hasta que viéndose sobre la cubierta del buque la maravillosa hermosura de la divina georgiana y á su amante Gustavo con una rodilla sobre la cabeza del coloso, quedó en silencio tanta bulliciosa alegría.

—«Olas de estos mares que obedeceis á mi voz,» dijo Célia dirigiéndose al espumoso elemento: «Séres acuáticos que formais mi más »deliciosa falange, oid. El atrevido marino que veis á mi lado y á quien »debo toda mi felicidad, es desde ahora mi esposo, y como vencedor »del infame Mustafá, es tambien el dueño de sus tesoros y vuestro »soberano y señor.»

Rompieron las músicas sus armoniosos sonidos, volvió á cruzar el espacio el estridente ruido de los cañones, y tomando rumbo el navío *Aquilon* hácia las regiones del Asia, cuna de la ilustre y bellísima cautiva, abrió las aguas de los salados mares, dejando una dilatada estela, y perdióse en la inmensidad de su azulado espejo para llevar á sus dichosos viajeros al templo de la felicidad, donde gozaron de todos los placeres hasta el fin de sus dias.

FIN.